

la acción y el personaje? El problema de fondo no está en "el modo de decir los versos" —seguramente, hay varios modos igualmente válidos—, sino en el modo de actuarlos... Y en ese aspecto, "Abre el ojo" no ha supuesto ningún paso hacia adelante. Aunque haya —como es el caso de Carmen Maura— quien les dé más vida y quien hable y hable sin que uno solo de sus versos esté en el gesto, en la mirada, en el ritmo de la dicción. ■ JOSE MONLEON.

Teatro en la iglesia

La compañía de Rinconete y Cortadillo (del Centro Nacional de Iniciación del Niño y del Adolescente al teatro, CNINAT) lleva algunos meses repitiendo la misma experiencia. Generalmente, utiliza como lugar de representación los comedores y los gimnasios de los colegios, lo cual responde a una doble razón: la de buscar los niños en su propio medio y en numerosos casos suplir la carencia de locales teatrales. Incluso, según deduzco de la palabra de José María Morera, el director de la compañía habría otra motivación: la de entender que conviene mostrar el teatro fuera de sus espacios habituales, por cuanto así se rompen las inhibiciones tradicionales de los públicos, su predisposición a una determinada actitud, y se estimula un tipo de relación más libre y espontánea del espectáculo.

He tenido la oportunidad de ver a la compañía, que trabaja casi diariamente desde hace algunos meses, en una de sus visitas a los pueblos. Concretamente, en Vaciamadrid, el pueblo vecino a los grandes depósitos de basura de la capital. La experiencia, aun siendo teatral, la sobrepasa, y puedo decir que es nueva en mis años de crítico. No es que no se hayan dado casos semejantes, dentro y fuera de nuestro país, pero la verdad es que, a sólo unos días de las recomendaciones anti-constitucionales del cardenal primado, cuando son tantos los párrocos españoles que se man-

tienen en la misma línea —¿cómo no recordar, por ejemplo, las iglesias cerradas y estériles de Ribadavia, donde la Muestra necesita locales para sus representaciones?—, choca gratamente vivir un acontecimiento de este tipo.

El hecho es que la nueva compañía nacional de teatro infantil se desplazó a Vaciamadrid para cubrir, a lo largo del domingo, el siguiente programa: a las doce y media, representación de "Hoy de hoy de mil novecientos hoy", basada en varios cuentos de Antonio Robles; a las cuatro y media, conversación con los niños que hubieran visto la representación matutina y quisieran hacer preguntas al director y a los actores, y, a las cinco y media, representación de "El médico a palos", de Molière, en la versión de Leandro Fernández de Moratín. Es decir, un espectáculo pensado fundamentalmente para los niños, una sesión informativa y una obra dirigida a los adolescentes, o, si se quieren emplear otras palabras, un juego dramático, un debate y una

la que figura una especie de arco iris, símbolo de la compañía— como escenario. "Hasta que haya otra cosa —comenta el cura, un hombre joven, que en nada se distingue de los demás vecinos—, es la única solución. El local apenas se utiliza un par de horas en Misas, y el pueblo lo necesita para otras manifestaciones..."

Del altavoz del campanario —esos altavoces terribles, que, años atrás, dirigían y espían las conductas de los habitantes de los pequeños pueblos— salen palabras invitando familiarmente al acto cultural. Las mujeres acuden con sus niños. También personas de edad, con aire de beatas. Luego, los hombres. Y bastantes jóvenes, que al principio se quedan en la parte de fuera, mirando por la puerta entreabierta, sin atreverse a entrar. Al fin salen los actores —actores con una larga historia profesional, como es el caso de Julia Martínez y de Félix Navarro, mezclados con otros menos conocidos, pero en ningún caso novatos— y comienzan su "Hoy de hoy de mil novecientos

soy el pan de la vida". Las risas comunales revelan que no existe la menor contradicción entre esas palabras y el arte de hacer teatro. Al menos cuando, como en esta ocasión, se hace fuera de esos circuitos del negocio y de la mala leche, donde se quema tantas veces el talento. ■ JOSE MONLEON.

CINE

"La venganza de la pantera rosa"

La serie dirigida por Blake Edwards y protagonizada por Peter Sellers está llegando a grados de absurdo bastante respetables. Desprovista ya de la temática de origen —el diamante famoso— y resuelta a convertirse en una antología de caídas, trompazos, persecuciones, muertes espectaculares y disfraces insólitos, la posible estructura dramática de las historias o la coherencia de sus secuencias ha pasado a un segundo plano o ha desaparecido del todo. La intención de sus autores es dar pie a la mayor cantidad posible de trucos de este género, y hay que reconocer que consiguen en su trabajo este propósito. "La venganza de la pantera rosa" contiene todo lo que promete. Si el astracán americano ha sido brillante como primera medida, y ninguna otra cinematografía ha podido competir en el logro de esos efectos —incendios, bombazos, edificios destruidos, coches que tropiezan quedando reducidos a añicos—, Blake Edwards está dispuesto a recapitular y mostrarlo todo junto, sin permitir que el espectador descansa un momento con un dialoguito o una secuencia de transición.

Sin embargo, poco más puede añadirse a esta película. Otros títulos anteriores de autores ajenos —"¿Qué me pasa, doctor?", de Peter Bogdanovich, por ejemplo— ofrecían también una antología parecida, pero con la creación paralela de una historia original y con el desarrollo de un ingenio admirable. "La venganza de la pantera rosa" no es más que una



"Hoy de hoy de mil novecientos hoy", sobre cuentos de Antonio Robles.

representación específicamente teatral.

Ahora bien, ¿dónde hacer las representaciones? Porque Vaciamadrid tiene un Club Social que resulta adecuado, pongamos por caso, para ese coloquio con los espectadores infantiles, pero, en principio, no disponen de un solo local o espacio para las representaciones teatrales.

Y ahí es donde surge la circunstancia singular a que antes me refería: al empleo de la iglesia como sala, con el altar —cubierto el Cristo con una tela, en

hoy". Se trata de explicar y de mostrar el teatro a los niños y mayores, que en bastantes casos quizá no lo hayan visto nunca. De crearlo, con la técnica de los juegos. La gente se ríe, imagina, entra en el juego. El trabajo es abierto y libre, a la vez que elaborado. Esta vez no se trata de la chapuza ocasional y paternalista de tantas expediciones pedagógicas. Al final, aplausos con casi toda Vaciamadrid metido en el teatro.

Sobre el mármol del altar, en latín y en letras doradas: "Yo